

Son pocos los remansos de tranquilidad que nos quedan. Y aunque la contemplación de la obra de arte es aún uno de ellos, no sabemos por cuánto tiempo podremos preservarlo como tal. La contemplación requiere reposo, disposición, interpretación, si desea ser completa. Mucho más cuando tratamos con arte contemporáneo, que tan a menudo utiliza conceptos complejos como ironía, deconstrucción, trasposición de significados, en definitiva, juego. Para poder seguir los guiños que nos brinda el arte de nuestro tiempo, necesitamos aquello de lo que más carecemos: tiempo.

La propuesta de hacer una exposición en el interior de una mina de sal, supuso la posibilidad de trabajar con materiales que escasean como el silencio, la oscuridad, lo inusitado, y que plantean posibilidades muy especiales en el ejercicio curatorial. Son estas parejas de opuestos (sonido-silencio, luz-oscuridad, abierto-aislado) las que se dejan percibir según se observan las obras de la exposición y según el visitante interioriza todo aquello que supone bajar al interior de una mina.

La tendencia actual, no sólo del arte, sino del devenir propio de nuestras relaciones entre personas, ciudades, países, es la conexión más absoluta. Es por esto que tratar el concepto de aislamiento es un privilegio. Los artistas seleccionados provienen de lugares muy alejados entre sí. Hay representación de Japón, Inglaterra, Chile, EEUU, Sudáfrica y, por supuesto, España y Portugal. Sin embargo, sus lenguajes colaboran perfectamente al servicio de un mismo espíritu, de una misma realidad interconectada. En todos ellos se reconocen rasgos que relacionan sus obras haciendo posible la comunión bajo un mismo techo. Invertir la tendencia expansiva en la que nos encontramos y recoger, en el sentido de capturar, bajo tierra obras de arte contemporáneo ha sido todo un ejercicio de reflexión. Trasladar las producciones artísticas actuales a unos metros de la superficie es insuflarles tiempo, una nueva dimensión, para que se desarrollen y florezcan de otra manera.

La Mina Campina de Loulé planteaba grandes posibilidades, pero también grandes restricciones. No era sencillo trasladar hasta allí cualquier tipo de obra debido a las condiciones ambientales o al transporte desde la boca de la mina hasta el espacio expositivo, a 220 metros de profundidad, entre otros factores. Las obras tenían que estar presentes pero, al mismo tiempo, evitando todas las consecuencias que se derivan de su materialidad. Y es, precisamente, esa dualidad la que el arte más actual maneja perfectamente a través de las nuevas tecnologías: el estar y el desaparecer van de la mano más que nunca en el arte contemporáneo y, en concreto, en el videoarte, que es uno de los dos medios con los que hemos contado para la exposición.

El otro son las cajas de luz. La fotografía, en calidad de imagen capturada, se convierte en ensoñación en un espacio como el de la mina y el hecho de las fotografías desprendan luz, las hacía idóneas para potenciar la atmosfera de recogimiento. Las cajas de luz se convierten por su estatismo, en contraste con el dinamismo de los vídeos, en iconos de experiencia.

Proyecciones y cajas de luz son los dos formatos que elegimos para protagonizar Timeless Territories. De ambos fluye la luz y ambos medios abren ventanas al exterior. Entrever el afuera de lo interior era uno de los objetivos que abordamos. No cabe ninguna duda de que las obras que se pueden ver en Timeless Territories aportan una percepción distinta a la que darían a ras de suelo. El videoarte tiene además un poder añadido, una cualidad que dentro de una mina es también llamativa: el movimiento.

Los comienzos del videoarte, en la segunda mitad de los sesenta, se deben a una exploración de nuevas posibilidades que concernía al teatro, a la televisión, al cine, y que más tarde dio lugar a nuevas experiencias como, por ejemplo, la videoperformance, la videodanza o la videoinstalación. Y dentro de ésta última encontramos la videoescultura y el videoentorno.

Estos conceptos metodológicos son un reflejo de la necesidad de los artistas de trabajar con nuevas variables que aportasen a su hacer características especiales. La imagen en una videoinstalación es luz, color, movimiento, ritmo, espacialidad, temporalidad...

Hoy la imagen nos es más que familiar y su tratamiento no nos resulta en absoluto novedoso, lo cual no significa que el poder de la imagen haya terminado. Timeless Territories es una de las pruebas posibles de que la potencia evocadora de la imagen está grabada muy profundamente en nuestra sensibilidad.

En el interior de una mina de sal anidan las imágenes de nueve artistas que a través de sus trabajos nos evaden de la realidad circundante. Se da efectivamente la paradoja, las imágenes tienen el poder de trasportarnos fuera del espacio reducido de la cavidad de la mina porque éste le ha concedido ciertas características especiales a las imágenes.

El visitante de Timeless Territories se verá seducido por una experiencia más compleja que la simple contemplación de arte contemporáneo. Para experimentar el conjunto deberá participar en el proceso mágico de bajada al interior, atender al cambio de temperatura -que allí es constante a lo largo del año- sentir la expectación al caminar por las galerías, percibir la textura y el color de las paredes, en definitiva, notar cómo ese viaje a la intimidad se apropia lentamente de nuestros sentidos. En el estudio previo a esta exposición nos hemos dejado llevar por la aventura, un sentimiento que trasladamos al visitante. Al que le será imprescindible, además, la curiosidad que funcionará como una herramienta de descubrimiento.

Hemos querido manejar diferentes niveles de percepción para poder representar con criterios expositivos un acontecer único. Espacios de experiencia de otra manera imposibles en el interior de una mina de sal.

Vasco Araújo (Lisboa, 1975), nos hace experimentar el magnetismo de una vasta extensión de tierra ante nuestros ojos proporcionándonos una experiencia hipnótica. Su vídeo presenta el viaje de un hombre y un niño de etnia gitana. En este viaje, consecuencia de la pérdida de una tierra y de la búsqueda de una nueva, surgen los paisajes inhóspitos de Andalucía. El transcurso del camino se convierte en un diálogo que habla sobre raíces a través de la poesía flamenca. La verdad de una generación que se transmite oralmente a la próxima.

Vasco Araújo trabaja con una gran variedad de medios, que incluyen el vídeo, la instalación y la fotografía. Está interesado en profundizar sobre el erotismo y la seducción como parte de estereotipos culturales así como en explorar ideas relativas a la comunidad y a la política siempre con una marca muy personal que nos remite a su alta sensibilidad artística.

Montserrat Soto (Barcelona, 1961) presenta una videoinstalación que enclaustra el rumor del mar haciéndolo llegar así al interior de la mina. El espectador situado en el interior de la gruta observa el exterior por una puerta natural de la roca. Se recrea, por tanto, en la obra una situación de encierro paralela a la que tiene el visitante de la exposición, situando como punto de fuga la única salida posible. Una pieza con una gran potencia autorreferencial y en la que la dualidad se expresa abiertamente. Dentro el agua calma y fuera el agua agitada. Reflejo real y realidad reflejada luchan por comprenderse el uno a la otra.

Montserrat Soto trabaja con vídeo y fotografía. Sus intervenciones en el espacio poseen un equilibrio clásico que nos remite a órdenes geométricos percibidos inconscientemente. Su

trabajo con el espacio, también a través del paisaje es de una gran delicadeza. Vacío y soledad se traslucen a menudo de sus obras, que parecen crear caminos de ida y vuelta hacia el espectador.

Daniel Canogar (Madrid, 1964) y Jennifer Steinkamp (Denver, 1958) muestran a través de su trabajo con árboles y luz una naturaleza que, pese a ser creada artificialmente, se desarrolla y evoluciona. Toda una retorsión conceptual que hace que el logro no sea trasladar formas vivas a la profundidad de la tierra sino hacer llegar la tecnología, la misma que ha posibilitado la creación de la mina, a las entrañas de la tierra en forma de naturaleza. En definitiva, un nuevo florecer tecnológico bajo el suelo. El árbol bidimensional que muta con las estaciones de Jennifer Steinkamp aparece en movimiento tridimensional en la obra de Canogar. Gracias a ambos podemos apreciar la belleza de ver evolucionar lo natural.

Daniel Canogar ha buscado siempre formatos alternativos a los habituales. A finales de los años 90 desarrolló su sistema multi-proyección usando cables de fibra óptica que ha usado en numerosas instalaciones desde entonces. Muy interesado por la percepción de la realidad, Daniel Canogar trata luz y color con cuidado extremo, integrando ambos elementos en una dinámica que, a pesar de ser profundamente tecnológica, nos aparece de una manera innata.

Jennifer Steinkamp es una artista de instalaciones que trabaja con vídeo y nuevos medios con la intención de explorar ideas como el espacio arquitectónico, el movimiento y la percepción. A través de la creación de proyecciones con campos de color en movimiento, diferentes formas, tamaños y texturas nos provee de una sensación cinestésica mediante elementos naturales. Aunque su carrera profesional comenzó con proyecciones abstractas de colores brillantes, cada vez más incorpora a sus creaciones la naturaleza.

Por otro lado, la caja de luz de Isaac Julien (Londres, 1960), apela a la amplitud del paisaje y a la saturación lumínica de un entorno que esconde una realidad bien distinta a la que aparece. Será necesario superar la belleza primera del paisaje para obtener una segunda lectura que nos habla de migración y pérdida.

Isaac Julien, también en su labor como cineasta, siempre ha estado interesado en destruir las barreras entre géneros. Explora las barreras comunes entre arte, danza, fotografía, música, teatro y cine.

Frente al estatismo relativo de estas obras, la videoinstalación de Mark Wallinger (Chigwell, 1959) trabaja con la velocidad de lo urbano encarnada en un doble viaje en metro que contrasta fuertemente con la quietud del espacio en el que se encuentra situada la obra. La alternancia entre las paradas que realiza el metro y los trayectos entre estaciones nos deja al descubierto un ritmo urbano familiar. Dos trenes, cada uno avanzando en una dirección, que terminan por juntarse en un mismo lugar para, de nuevo, volver a separarse.

Mark Wallinger trabaja con pintura, fotografía y videoarte. Los aspectos socio-históricos que forman parte de la identidad de una nación y la historia cultural son algunos de sus temas recurrentes que plasma con una gran personalidad en sus obras.

Alfredo Jaar (Santiago de Chile, 1956) habla sobre la dureza del trabajo en una mina de oro a cielo abierto a través de una caja de luz. En ella se observa el esfuerzo de unos trabajadores por obtener el preciado metal. Este tema, la explotación de los recursos naturales, es ya habitual dentro del imaginario de los artistas contemporáneos. La preocupación por las transformaciones que sufre el entorno como consecuencia de prácticas industriales y comerciales es frecuente en muchas de las obras recientes de artistas de todo el mundo.

Alfredo Jaar en sus instalaciones, fotografías y películas explora la desensibilización a las imágenes y las limitaciones del arte para representar eventos como los genocidios, las epidemias y las hambrunas. Su obra, cargada de contenido político, no deja impasible a nadie.

Como sucede con el resto de las obras, la caja de luz de Alfredo Jaar, adquiere una nueva dimensión al relacionarse con el espacio en el que se encuentra. Al igual que el oro, la sal ha sido usada como moneda en relaciones comerciales y ambos elementos están provistos de fuertes connotaciones sociales y religiosas. Con el paso de los siglos, la historia ha creado un simbolismo poderoso para ambos materiales.

Con una fuerte carga simbólica encontramos también la obra de Mariko Mori (Tokio, 1967) que nos acompaña a través de su ritual iniciático a un estado de calma, ayudándonos a decodificar la experiencia de penetrar en el interior de la tierra. La dificultad a la hora de interpretar muchos de los símbolos a los que nos remite Mariko Mori nos habla, al igual que en la obra de Vasco Araújo, de raíces.

Mariko Mori trabaja con la fotografía y el vídeo, combinando el manga-pop con los autorretratos, la estética cyborg y el budismo. Su trabajo, con una fuerte apariencia digital, es expresión de una enorme fuerza problematizadora.

Por último, la harina se convierte en sal en el trabajo de Berni Searle (Cape Town, 1964), con el mismo propósito de denuncia social. Maquillar el color de su piel es lo que pretende Searle rociando su cuerpo con harina y fabricando pan con ella. Aprovecha el harina que cae por su cuerpo para componer un pan, descomponerlo y recomponerlo. Sal y harina se nos muestran como productos íntimamente relacionados con una de nuestras necesidades más primitivas: la elaboración y conservación de alimentos.

Berni Searle trabaja con fotografía, vídeo y cine explorando lo relativo a la memoria y la historia. Su formación como escultora le ha llevado a usar la gran escala en sus trabajos. A menudo usa su propio cuerpo como punto de partida para transmitir sensaciones a todo aquel que observe su obra.

La trabazón entre obras llega a ser mágica en el interior de la mina. Andamos el camino tanto con Vasco Araújo como con Mariko Mori. Con el primero lo hacemos efectivamente, desgastando las suelas de los zapatos, con la segunda lo hacemos mentalmente, a través de la intención. Uno atado a la tierra, otra intentando sobrepasarla. Ya sin andar, sino en metro hacemos igualmente un recorrido en la obra de Mark Wallinger. Las pisadas de la caja de luz de Alfredo Jaar además nos hablan de esfuerzo y de sufrimiento, al igual que la caja de luz de Isaac Julien. En ambas aparecen los hombres que persiguen un objetivo y sufren por conseguirlo. Por último, Daniel Canogar y Jennifer Steinkamp hacen hablar a los árboles cada uno en su lenguaje, mientras que Berni Searle y Montserrat Soto juegan en sentido literal y metafórico con interior y exterior en sus trabajos.

Timeless territories son nuevos territorios y nuevos lenguajes. Ambos marcados por la atemporalidad de la experiencia en Mina Campina.